



ZAK

-ZAK. EY, ZAK. ¿EN DÓNDE ESTÁS?

El tono de la voz de mi padrastro me atemoriza. Mi madre no está. Solo somos él y yo.

-¡Zak, ven aquí!

Intento ignorarlo, poniendo mi atención en un número de *Fangoria*. Por el momento, estoy a salvo en mi pequeño escondite en el cuarto de limpieza. Si no respondo, quizá no me encuentre. Tal vez, no tendré que hacer *esas cosas*...

-¡Zak!

Observo la expresión burlona de la cara de Han Solo en la pared, deseando, por un momento, que él estuviera aquí para respaldarme. Pero no. Esto es algo que tengo que enfrentar yo solo, así que abandono mi refugio, preparándome para lo que sé que me espera.

Roger se encuentra arriba, con su sonrisa despreocupada de siempre, sosteniendo una pelota.

Cielos, es peor de lo que pensé.

Está en mi cocina y lleva puesto un suéter de una fraternidad universitaria de la que, probablemente, se graduó unas décadas atrás.

–Vamos, muchacho –me dice en tono alegre–. Es un lindo día.

Teniendo en cuenta que estamos en Tacoma, Washington, un lindo día significa que solo llovizna. Puedo pensar en miles de cosas que preferiría estar haciendo en este momento, desde organizar mis DVD hasta jugar con papel metálico. Pero mamá me pidió que haga un esfuerzo y pase algo de tiempo con él.

Por favor, Zak, solo una tarde. Significaría mucho para mí. Me lo pidió con esa mirada grande y triste que ponen las madres. No tenía otra opción.

Abro la puerta de un golpe, y Roger está tan cerca, que tiene que alejarse de mi camino. (Por lo menos, no me obligan a llamarlo “papá”).

Terminemos con esto...

Rog no es consciente de mi malestar. Se encuentra de pie con una pelota en la mano, seguramente recordando sus días en la escuela secundaria. Luego me la lanza, yo la paso de una mano a la otra y se la devuelvo.

–¡Tienes buen ojo, eh!

–Evita tus *clichés*.

Cuando oye mi última palabra, frunce el ceño; no puedo evitar sonreír por dentro. Le vuelvo a lanzar la pelota y él no la atrapa por poco. Una triste actuación para el campeón, por tres años consecutivos, del *Football Frenzy*.

Continuamos pasándonos el balón durante unos momentos más, ambos en silencio. La situación me recuerda a un grupo de prisioneros encadenados de una película, y estoy tentado de comenzar a cantar el estribillo de *Po' Lazarus*.

–¿Zak? –dice rompiendo el silencio–. El otro día llegó por correo el boletín informativo de la escuela.

–Me alegra verte leer –comento. *Lanzo, no atrapa. Lanzo, no atrapa.*

–Dice que las pruebas de fútbol para la liga de verano serán pronto. Pensé que podrías estar interesado.

El comentario es tan ridículo que casi estallo en carcajadas. Por suerte, recuerdo que debo mantener mi promesa de nunca reír en su presencia.

–Pensaste mal –estoy satisfecho con mi tono de voz: desdén, justo al límite del sarcasmo.

Desafortunadamente, Roger sigue hablando:

–Bueno, quizá no fútbol, pero ¿qué hay del béisbol?

–A decir verdad, no sé cómo se juega –le respondo mientras atrapo la pelota con el pecho.

–Vamos, todos saben jugar. ¿Tu padre no te enseñó? –me pregunta con una sonrisa engreída.

La pelota vuela de mi mano. Sonríó cuando le da justo en el ojo y cae de rodillas.

–Ay... guau, buen tiro... *Auch*. Creo que por hoy es suficiente... Cielos, mi lente de contacto... –me dice, cuando ya estoy regresando a la casa... a *mi* casa. Furioso.

¿Roger, puedes ser tan tonto? ¿O solo actúas? No, mi padre nunca me enseñó a jugar al béisbol. Aunque en este momento realmente deseo tener un bate.

Me vuelvo a escabullir hacia el sótano. Como Superman y Doc Savage, yo también tengo mi propia Fortaleza de la Soledad: mi laptop junto al calentador de agua; mi colección de películas en los estantes de la biblioteca a medio terminar y un mini refrigerador. Todas esas cosas solían estar en el living, pero Roger ocupó esa parte de la casa. Dice que la necesita para su trabajo. Un trabajo que aparentemente consiste en mirar fútbol y en comprar chatarras en eBay.

Busco dentro de un cubo plástico y saco un portarretrato: mi padre y yo en la mañana de Navidad. Llevamos puestos dos sombreros tiroleses al estilo Indiana Jones, que nos regalamos mutuamente. Creo que en ese entonces tenía nueve años.

Es difícil creer que hace seis años que no lo veo. Algunas mañanas, todavía me despierto con la esperanza de encontrarlo en la cocina, tostando pan con tocino. Pero, en cambio, lo único que encuentro es a Roger despatarrado en mi sofá, mirando las noticias destacadas de la sección deportes.

A veces deseo volver a ser un niño. Volver a creer que mi papá se encuentra excavando ruinas incas en América del Sur o algo así. Que un día volverá a estacionar su auto en nuestra cochera y...

Crece, Zak. Ya sabes que eso no sucederá. Vuelvo a poner el portarretrato en su lugar, ya que no quiero exhibirlo. No quiero que Roger lo vea y se sienta superior al hombre que se encuentra en la foto.

Dos meses. Ese fue el tiempo que le llevó a mi mamá conocer a Roger, antes de que se casaran. Dos malditos meses.